



10. PORQUÉ SE PODAN LOS ÁRBOLES

Hoy voy a compartir contigo una historia de "poda" nacida de mi propia experiencia. Tuve una infancia dura porque Luis, mi hermano sacerdote fue un tutor muy severo que no me pasaba una. Me trataba con rigor, me hacía estudiar constantemente sin darme apenas tiempos de descanso, quería que comiera y durmiera poco y me impuso un horario muy estricto. Tampoco me dejaba elegir lo que me gustaba y suprimió de mi plan de estudios todo lo que le parecía que podía exaltar mi imaginación o mi sensibilidad. Me quitaba de las manos un libro que me divertía, no me permitía ir a jugar con mis amigas, me demostraba su desprecio por los trabajos literarios en que me había esforzado, y más de una vez echó al fuego las labores que estaba haciendo porque le parecía que ponía en ellas vanidad. Tenía que ir con él a misa tempranísimo y un día que tenía gana de dormir más, no me levanté. El entró en casa preguntando: "¿Dónde está Sofía?". Yo me escondí debajo de las mantas y mi madre que siempre me protegía dijo: "¿Cómo puedes pensar que es tan perezosa?" El se lo creyó y ya se iba, pero yo le tenía tanto miedo que grité. "¡Estoy aquí!" y salté de la cama...

De más mayor no cambió demasiado: una vez sus alumnas de la clase de religión quisieron desearle un feliz año nuevo cantándole una canción, pero Luis, fiel a su costumbre de interpretarlo todo como sensiblería, se marchó de la clase en cuanto empezaron a cantar y no quiso volver. Menos mal que me enteré y por la tarde fui a pedirles que me cantaran a mí la canción. Bueno, no le vayas a tomar manía por estas cosas, era su carácter.

De joven aquellas cosas me dolían tanto que con frecuencia lloraba a escondidas...Creo que todo eso fue dejando cierta herida en mí, me hizo encogida y temerosa y de mayor tuve que luchar mucho con mi inseguridad y mis miedos.

Pero ¿sabes qué es lo que floreció en mí después de aquella etapa de poda? Para empezar, tuve que cultivar mucho el sentido del humor, aprendí a poner distancia ante mis pequeños problemas y a reírme de ellos ¡tampoco son para tanto!, decidí. También aprendí a ver los aspectos positivos que había tenido mi educación: misteriosamente, aquellas exigencias desmesuradas me habían enseñado a ser fuerte por dentro, a hacer poco caso de mi exagerada sensibilidad, a hacer más firme y a la vez más flexible mi voluntad y también a ser más humilde. Esta palabra quizá hoy te resulte rara pero, tal como yo la entiendo, es una actitud del corazón que lleva a aceptar los propios límites y los de los otros, sin ponerse nunca por encima de nadie. También tiene que ver con respetar pacientemente los ritmos de los demás, reaccionar ante la agresividad con dulzura y con paciencia y no darse demasiada importancia a uno mismo.

Otra cosa que creció en mí fue la necesidad de buscar personas que me quisieran y que me ayudaran a quererme más a mí misma. Dos buenos amigos, los padres Varin y Fabre, me empujaron a confiar, a dejar atrás mis miedos y mis agobios, a navegar como un barquito con las velas desplegadas. ¿Sabes como solía llamarme el primero? "¡Perpetua temblona!" Comprobar que otras personas confiaban en mí despertó mi propia confianza y me atreví a acoger el amor de Jesús, a fiarme de la fidelidad de su Corazón, a saberme querida siempre y perdonada siempre. Y esa ha sido la seguridad y la alegría que luego he querido comunicar a toda la gente que he ido tratando y que hoy querría transmitirte con este lema que tanto me gusta: ¡Sé valiente y ten confianza!

Cuando tengas un rato, háblame de alguna experiencia de dificultad que te haya hecho avanzar en tu camino y cuéntame si, en vez de hundirte en el problema, conseguiste convertir lo que parecía un inconveniente en una oportunidad y lograste hacer de ello un material de construcción de tu personalidad.

Te quiere,
SOFÍA